

donde cabían, á la vez, la devoción fetichista y la impasibilidad homicida.

— ¡ Ah! — dijo con tono que quería ser afable en lo posible — ¡ ya estás otra vez entre nosotros, Ramuncho! Ahora volveremos á trabajar juntos, ¿eh? El negocio marcha bien y necesitamos brazos para la frontera española. Volverás á las de antaño, ¿no es cierto?

— Pues, tal vez, — respondió Ramuncho. — Pero tiempo habrá para pensarlo y hablar...

De algunos minutos acá, la idea del viaje á América ha perdido terreno en su espíritu... ¡ No! quedarse en el país era mejor, emprender la vida de antes, reflexionar y esperar obstinadamente. Y ahora sabiendo dónde está *ella*, en aquel Amezqueta, á cinco ó seis horas de distancia, le asedian toda clase de sacrílegos proyectos, que hasta aquel día ni siquiera se hubiese atrevido á concebir.

Á las doce volvió á su casa solitaria para ver á su madre.

La mejoría febril y un tanto artificial de la mañana continuaba. Cuidada por la anciana Doyamburu, la enferma sostuvo que se sentía en curación, y temerosa de ver á su hijo preocupado y meditabundo, le hizo que volviese á la plaza para presenciar el partido de pelota del domingo.

El soplo del viento volvió á ser caluroso; venía del sur nuevamente; se habían acabado por ahora los estremecimientos de frío de hace un momento; al contrario, la atmósfera parecía primaveral, y el sol caía á plomo sobre las sierras retostadas, sobre los helechos de color de herrumbre, sobre los caminos donde seguía extendiéndose el tapiz macilento de las hojas desprendidas. Pero el cielo se llenaba rápidamente de espesas nubes que repentinamente surgían de detrás de las montañas, como si hubiesen estado emboscadas para desplegarse todas á una señal.

No estaba combinado todavía el partido de

pelota y se discutía violentamente en los grupos, cuando Ramuncho llegó á la plaza.

Le rodearon todos en seguida, festejándole, y le designaron con cariñosas aclamaciones para que tomara parte en el juego, á fin de que sostuviera así el honor del vecindario. Él no se atrevía; no jugaba desde hacía tres años, y desconfiaba de su brazo, por tanto tiempo desacostumbrado al esfuerzo de aquellas lides. Cedió al fin, y empezó á desvestirse... Pero ¿á quién le entregaría la chaqueta ahora? De repente presentóse en su imaginación Graciosa, sentada en los primeros asientos y tendiendo las manos para recibir aquella prenda. ¿Á quién le iría á dar la chaqueta?

Es costumbre confiarla de ordinario á algún amigo, como hacen los toreros con su capote de paseo de seda y oro... Y la arrojó al azar, sin saber á dónde, y fué á caer sobre los bancos centenarios guarnecidos de escabiosas tardías...

Se organizó el partido. Desorientado al empezar, incierto en los primeros pelotazos, falló varias veces el golpe al tratar de coger la pelota lanzada por los aires.

Pero después luchó con ardor entusiasta, recobró la seguridad de mejores días y volvió á ser el mismo de antes. Sus músculos habían ganado en fuerza lo que tal vez perdieran en agilidad, y de nuevo fué aclamado y se sintió

poseído de la embriaguez física del movimiento, con sus miembros distendidos como por potentes resortes y oyendo á su alrededor los clamores frenéticos del público...

Después vino el momento de reposo que interrumpe de ordinario los partidos muy largos y reñidos; el momento en que los jugadores se sientan jadeantes, con la sangre en ebullición, las manos enrojecidas y trémulas y se reanuda el curso de los pensamientos que el juego ha interrumpido...

Entonces Ramuncho volvió á experimentar la angustia de encontrarse solo.

Por sobre la agrupación de cabezas, de boinas de lana y caprichosos moños anudados con pañuelos, se acentuaban en el cielo los signos de la tormenta que traen consigo los vientos del sur cuando van á cesar. El aire había adquirido una limpidez incomparable, como si estuviese rarificado hasta el vacío. Las montañas parecían haber avanzado extraordinariamente; los Pirineos, con su mole inmensa, aplastaban materialmente la aldea; las cumbres españolas y las de Francia veíanse igualmente próximas, parecían superpuestas las unas á las otras, con sus rojos calcinados y sus tintes violeta cada vez más intensos y sombríos. Grandes nubes de aspecto consistente, como de cosas terrestres, desplegábanse en

arco, velando el sol y produciendo una obscuridad de eclipse. Y aquí y allá, por alguna desgarradura de contornos precisos, orlada de plata brillante, se destacaba el azul verdoso de un cielo casi africano. Toda aquella comarca, cuyo clima tornadizo cambia de la mañana á la tarde, revestía por algunas horas un aspecto singularmente meridional, de temperatura y de luz.

Ramuncho respiraba con avidez el aire seco y suave venido del extremo del Mediodía para vivificar los pulmones. Era este en verdad un tiempo bien propio de su país, el tiempo característico de aquel golfo de Vizcaya, el tiempo que amaba antes más y que ahora llenábale de bienestar físico tanto como de turbación de alma, pues aquellos preparativos de la naturaleza, aquella acumulación amenazante y terrible de los elementos, le daban la idea de un cielo sordo á las plegarias, desprovisto de intención y de dirección, simple foco de tempestades fecundantes, de fuerzas ciegas destinadas á crear, á destruir y nuevamente á crear. Y durante estos minutos de meditación anhelante en que algunos hombres, sin duda de alma bien diferente de la suya, le rodeaban para felicitarle, él no escuchaba á nadie, sintiendo más que nada la plenitud efímera de su vigor, de su juventud y de su voluntad, y diciéndose que quería gozar

ruda y desesperadamente de todo, intentando cualquier cosa, sin la atadura de vanos temores, de vanos escrúpulos de iglesia, para volver á apoderarse de la criatura tanto tiempo ansiada por su alma y por su cuerpo y único objetivo de sus amores, su prometida...

Concluido triunfalmente el partido, él se marchó sólo, triste y resuelto, orgulloso de haber ganado, de haber sabido conservar su agilidad y su destreza y comprendiendo que disponía de un medio de ganarse la vida, de una fuente de dinero y de una fuerza, como que era todavía uno de los primeros jugadores del país vasco

Bajo el cielo negro, veíanse siempre los mismos matices intensos y exagerados, iguales horizontes rotundos y sombríos. Y soplaban sin cesar las ardientes bocanadas del Sur, secas y bochornosas, excitando los músculos y el pensamiento.

Sin embargo, las nubes bajaban más y más, y pronto este tiempo, esta ilusión veraniega, habían de cambiar y tener fin. Lo sabía él muy bien, como todos los campesinos habituados á contemplar el cielo: todo aquello no era más que el anuncio de una borrasca de otoño para cerrar el reinado de los vientos cálidos; una sacudida suprema para concluir el despojo de los árboles. Luego vendrían los largos chapa-

rrones, refrescándolo todo, las brumas que confunden y alejan el paisaje... Se impondría triunfante el invierno sombrío, que detiene la savia, entorpece los proyectos temerarios y extingue los ardores y las sublevaciones...

Empezaban á caer los primeros goterones espaciándose sobre el camino, pesados y resonantes en el tapiz de hojas secas.

Como la víspera, cuando volvió Ramuncho á su casa, estaba sola Franchita.

Subió en puntas de pies y la encontró mal dormida, con sueño intranquilo, agitada y ardorosa.

Errando de un lado á otro, para alegrar la habitación un poco, trató de encender una fogata de ramas en el hogar, pero se apagaron humeando. Afuera caía la lluvia á torrentes. Por las ventanas, como á través de un sudario gris, se vislumbraba apenas el pueblo, borrado por las húmedas ráfagas. El viento y el chaparrón azotaban los muros de la casa aislada, alrededor de la cual, una vez más, iba á dilatarse la imponente negrura de los campos en las noches lluviosas : aquella negrura, aquel silencio majestuoso de que Ramuncho había perdido la costumbre. En su corazón de niño filtrábase, paulatinamente, el frío de la soledad y del abandono y sentía disiparse la consciencia de su amor, de su fuerza y de su juventud

y desvanecerse, ante la noche brumosa, todos sus proyectos de lucha y resistencia. Su porvenir, entrevisto poco ha, se tornaba miserable ó quimérico á sus ojos; aquel porvenir de jugador de pelota, de triste entretenedor de multitudes, quedaba á merced de una enfermedad ó de un desfallecimiento de sus fuerzas... Sus esperanzas del día se anonadaban por completo, fundadas como estaban en simples ilusiones, se desvanecían ahora entre la negrura de la noche...

Tuvo entonces un ímpetu, como en los días de su infancia, de buscar el refugio tan dulce de su madre; subió de puntillas á su aposento para verla en el sueño, para permanecer allí, cerca del lecho, mientras la enferma dormitaba.

Cuando encendió en el cuarto, lejos de la cama, una luz medio velada, le pareció mucho más demudada por la fiebre que ayer; y á su espíritu se presentó entonces la posibilidad, más horrible á cada instante, de verse solo para siempre, de no sentir nunca más sobre su mejilla la caricia de la amada cabeza, apoyándose en ella... Por primera vez le pareció *envejecida su madre*, y al recuerdo de tantas decepciones como había sufrido por él, sintió piedad por ella, una piedad tierna é infinita, ante aquellas arrugas en que no había reparado, ante aquellos cabellos encanecidos, todavía juveniles

hacia las sienes. ¡Ay, una piedad desolada y sin esperanza, ante la convicción de que era ya muy tarde para disponer mejor la vida...! Algo doloroso á que no podía oponer resistencia, empezó á golpear en su pecho, haciendo contraer su rostro; los objetos se nublaron ante sus ojos y con una sed irreflexiva de implorar, de pedir perdón, se dejó caer de rodillas, la frente hundida en el lecho de su madre, y lloró al fin, lloró, dejando que corrieran ardientes las lágrimas...

## V

— ¿Y á quién viste en el pueblo, hijo mío?  
— le preguntó ella á la mañana siguiente, durante la breve mejoría que experimentaba de ordinario en las primeras horas del día cuando se apacaba la fiebre.

— ¿Y á quién viste en el pueblo, hijo mío...?  
Se esforzaba en mostrarse dueña de sí, en hablar de cosas indiferentes, por miedo de tocar graves cuestiones y provocar inquietantes respuestas.

— Vi á Arrakoa, madre — respondió él con un acento que conducía fatalmente á la escabrosa cuestión.

— ¡Arrakoa...! ¿Y cómo se ha conducido contigo...?

— ¡Oh! me habló como si hubiese sido su hermano...

— Sí, ya lo sé... ¡No fué él, no, quien la llevó allí...!

— Y aun me dijo, él mismo...

No se atrevía á continuar, y bajó ahora la cabeza.

— ¿Qué te dijo, pues, hijo mío...?

— Pues sí, que... había costado mucho encerrarla allá... Que quizá... todavía hoy, si me volviese á ver, cree él que...

Ella se irguió en la cama bajo la conmoción de aquello que acababa de entrever; con sus manos descarnadas apartaba los cabellos recientemente encanecidos y sus ojos se reanimaban y rejuvenecían con una expresión malévola de alegría y de orgullo vengado...

— ¡Te lo ha dicho... él...!

— ¿Me perdonarías, madre, si intentara...

Ella se apartó de sus dos manos y quedaron ambos silenciosos, no atreviéndose ni el uno ni el otro, con sus escrúpulos de católicos, á proferir el intento sacrílego que fermentaba en sus cabezas. En el fondo de los ojos de Franchita acababa de extinguirse el maligno destello.

— ¡Perdonarte! — dijo ella en voz muy baja. — ¡oh! yo... yo... sabes muy bien que sí... Pero no hagas eso, hijo mío, te lo suplico; no lo hagas, sería una desgracia para vosotros dos... No pienses más en ello, Ramuncho; no pienses más en ello...

Callaron al oír los pasos del médico, que subía á su visita cotidiana. Y fué la única, la suprema vez que durante su vida hablaron los dos de aquel asunto.

Ahora sabía Ramuncho que aun después de

morir no le maldeciría su madre por haber intentado lo que se proponía ó por haberlo ejecutado: aquel perdón bastábale y, una vez alcanzado, la barrera más grande entre su prometida y él caía por tierra de repente.

## VI

Al anochecer, cuando volvió la fiebre, se hizo patente toda la gravedad de la enferma.

En su cuerpo robusto se cebaba la enfermedad con violencia; la enfermedad misma había tardado en darse á conocer, y mal cuidada por causa de sus caprichos de campesina y de su incrédulo desdén por los médicos y los remedios, había avanzado irresistiblemente.

En el espíritu de Ramuncho se acentuaba con caracteres dominantes la idea horrible de que iba á perder á su madre; mientras la velaba, pasando largas horas junto al lecho, silencioso y solo, comenzaba á mirar frente á frente la realidad de aquella separación indefectible, el horror de la muerte y del entierro, el lúgubre mañana con todos los aspectos posteriores de su vida; la casa, que tendría que vender antes de abandonar el país; después, quizá, la tentativa desesperada en el convento de Amezqueta; más tarde, la marcha á la desconocida América probablemente solo y sin deseo de regresar jamás...

Le asediaba también, obsesionándole más

y más ahora, el secreto de su nacimiento, aquel secreto que iba á llevarse su madre para siempre sin descubrirlo.

Entonces, inclinándose hacia ella y tembloroso, cual si fuese á cometer una impiedad en una iglesia, se atrevió á decir :

— ¡ Madre ! ¡ Ah, madre mía, dime ahora quién es mi padre !

Ella se estremeció ante la suprema pregunta, comprendiendo muy bien que cuando su hijo se atrevía á hacérsela era porque su enfermedad no dejaba esperanza alguna. Dudó un minuto; después, en su cabeza abrasada por la fiebre, se libró un terrible combate; no discernía claramente cuál fuese su deber; su obstinación en callar, sostenida por tantos años, titubeaba ahora, ante la aparición repentina de la muerte...

Pero decidiéndose al fin y para siempre, respondió en seguida con el tono brusco de los días de mal humor :

— ¡ Tu padre... ! ¿ Y para qué, hijo mío... ? ¿ Qué le quieres á tu padre, que durante más de veinte años no ha llegado á pensar en ti... ?

No, estaba decidido; todo había concluído y no lo diría. Además, era ya demasiado tarde : en el momento de desaparecer, de caer en la inercia impotente de los muertos, ¿ cómo arriesgar un cambio tan completo para el hijo por quien no podría velar ? ¿ Cómo entregarlo á

su padre, para que hiciese quizá de Ramuncho un incrédulo, un desesperado, lo que él era? ¡Qué responsabilidad y qué inmenso horror...!

Después de esa decisión, irrevocablemente adoptada, pensó por vez primera en sí misma, y sintiendo que la vida se cerraba á espaldas suyas, juntó las manos en actitud de rezar.

En cuanto á Ramuncho, después de esta tentativa para saber lo que anhelaba, después del grande esfuerzo, que le parecía casi profanador, inclinó la cabeza ante la voluntad resuelta de su madre y no le preguntó nada más sobre el terrible secreto.

## VII

La enfermedad marchaba ahora precipitadamente, entre los accesos de fiebre abrasadora que inflamaban las mejillas y perfilaban la nariz de la enferma y el agotamiento de los copiosos sudores en que el pulso latía apenas.

Ramuncho no tenía ya más pensamiento que su madre; hasta la imagen de Graciosa dejaba de asediarse en estos fúnebres días.

Se moría, se moría la madre amada, muda y como indiferente, sin preguntar nada, sin pronunciar una queja...

Una vez, sin embargo, una noche, llamó á su hijo de repente, con pobre voz de angustia, para echarle los brazos al cuello y atraerle hacia sí, apoyando sobre su cara la amada cabeza. Y en este minuto, Ramuncho vió pasar ante sus ojos la grande y espantosa Muerte, la de la carne que se siente acabar, la de los hombres y la de las bestias, la horrible y la misma para todos... Creyente... lo era un poco Franchita; practicaba el culto, más bien, como tantas otras mujeres sus conocidas; era timorata de los dogmas; fiel á las observancias y

ejercicios religiosos, pero carecía de una concepción clara del más allá, de toda luminosa esperanza... El cielo, las venturas prometidas de la vida... Sí, tal vez... Pero lo que era seguro é inexorable es que nunca jamás su rostro carcomido por la tierra se volvería á apoyar de una manera real en el de Ramuncho, y entonces, en la duda de tener un alma que volase al cielo, sintiendo el horror y la miseria de reducirse á la nada, de convertirse en polvo y nada más, anhelaba los besos de aquel hijo, y se asía á él como se agarran á la tabla de salvación los náufragos que se hunden entre las aguas negras y profundas...

Él comprendió muy bien lo que querían decir aquellos pobres ojos agonizantes. Y la tierna piedad que había sentido al contemplar las arrugas y los blancos cabellos de su madre, desbordó en su corazón, joven aún, como una ola. Y respondió al llamamiento con todos sus abrazos y besos interminables y desolados.

Pero aquello duró muy poco tiempo. No había sido ella nunca de las que flaquearan por mucho tiempo dejando transparentar su abatimiento. Desciñendo los brazos, la cabeza de nuevo doblegada, cerró los ojos, inconsciente ya... ó estoica quizá.

Ramuncho, en pie, no atreviéndose á tocarla, lloró en silencio y desviando la cabeza

con ardientes y pesadas lágrimas. Entretanto, á lo lejos empezaba á tocar á oraciones la campana de la parroquia, entonando con sus voces la tranquila paz del pueblo y llenándolo de dulces vibraciones protectoras, consejeras de un sueño feliz para aquellos á quienes aguarda aun el mañana...

Al día siguiente, después de haberse confesado, murió Franchita, silenciosa y firme, como sintiendo vergüenza de sus sufrimientos y de su este tor... En tanto, allá abajo, las campanas tocaban á agonía.

Por la noche, Ramuncho se encontró solo, al lado de aquel cuerpo inanimado y yerto que se conserva y se contempla durante algunas horas, pero que es necesario apresurarse á sepultar bajo la tierra...

---

## VIII

Pasaron ocho días.

Á la caída de la tarde, mientras el viento frío de la montaña en ráfagas violentas sacudía furioso las ramas de los árboles, Ramuncho volví á entrar en su casa desierta, donde el gris de la muerte parecía difundido por todas partes. La vanguardia invernal había pasado ya por el país vasco en forma de helada, quemando las flores anuales, poniéndole fin al estío ilusorio de Diciembre. Delante de la puerta de Franchita, los geranios y las dalias acababan de morir y el sendero de la entrada, que nadie cuidaba ahora, desaparecía bajo el amontonamiento de las hojas amarillentas.

Para Ramuncho, aquella primera semana de luto había estado llena de los mil quehaceres que distraen el dolor. Orgullosa como su madre, había querido que, siguiendo los antiguos usos de la parroquia, se hiciese todo con lujo. Franchita había sido llevada al camposanto en un ataúd cubierto de terciopelo negro, sujeto con plateados clavos. Después se habían celebrado las misas mortuorias, á las que asistie-

ron los vecinos con sus capas largas y las vecinas envueltas y arrebujadas en sus negros velos. Y todo aquello representaba para él, que era pobre, no pocos gastos.

De la cantidad que había dado en otro tiempo, en el instante de su nacimiento, el desconocido padre, le quedaba muy poco, habiéndose perdido la mayor parte en imposiciones desgraciadas.

Para marcharse á América, ahora, era preciso dejar la casa, vender los queridos muebles de familia, reunir la mayor suma posible de dinero...

En esta vez entraba á su casa presa de una turbación particular, porque iba á atreverse á una cosa que venía dejando de un día para otro, y respecto de la cual su conciencia no estaba tranquila. Había visto y examinado cuanto á su madre perteneciera; pero la caja que contenía sus papeles y cartas permanecía aún intacta, y aquella noche se proponía abrirla.

No estaba seguro de que la muerte, como se cree de ordinario, confriese derecho á los que sobreviven para leer las cartas y penetrar los secretos de los que acaban de partir de este mundo. Quemar todo aquello sin mirarlo, parecía más respetuoso, más correcto. Pero también equivalía á destruir para siempre toda esperanza de descubrir á aquel de quien era

hijo abandonado... ¿Qué haría, pues?... ¿Y á quién pedir consejo, cuando no se tiene nadie en el mundo para solicitarlo?

En el fondo del hogar, bajo la amplia chimenea, encendió la lumbre como otras noches; después fué á buscar al piso superior la caja que tanto le inquietaba; la colocó sobre una mesa, cerca del fuego, al lado de la lámpara, y se sentó para reflexionar todavía. Frente á frente con los papeles casi sagrados, casi prohibidos, que iba á tocar y que sólo la muerte había podido poner entre sus manos, tenía la dolorosa sensación, más desgarradora cada vez, de la partida irrevocable de su madre; y he aquí que las lágrimas volvían á sus ojos y que lloraba allí solo, en medio del silencio de la noche...

Fina'mente abrió la caja...

Sus arterias latían precipitadamente. Bajo los árboles de los alrededores, en la obscuridad solitaria de afuera, creía oír el rumor de imágenes indeterminadas que venían á mirar por los cristales. Escuchaba soplos extraños á su propio pecho, como si alguien respirase á espaldas suyas. Las sombras se agolpaban como interesándose en lo que iba á hacer... La casa se llenaba de fantasmas...

Eran las cartas, conservadas allí hacía veinte años, todas de la misma letra, una letra des-

cuidada y fácil al mismo tiempo, como suele encontrarse entre las gentes de mundo y que á los ojos de las gentes sencillas, es indicio de gran diferencia social. Al principio, un vago sueño de protección, de elevación y de riqueza, desvió por un momento el curso de sus pensamientos tristes... No tenía duda alguna respecto de la mano que había escrito aquellas cartas; y las tenía entre sus manos temblorosas, no atreviéndose á leerlas y ni siquiera á mirar el nombre con que estaban firmadas.

Una sola conservábase en su sobre; entonces descifró las señas : « Señora doña Francisca Duval... » ¡ Ah, sí ! recordaba haber oído decir que su madre, en la época de su desaparición del país vasco, había llevado por algún tiempo ese nombre... Seguía una indicación de la calle y el número, que le produjo malestar sin explicarse por qué y le hizo ruborizarse; después el nombre de la gran ciudad donde él había nacido... Con los ojos fijos, se quedó silencioso, sin mirar cosa alguna... Y de repente tuvo la horrible visión de aquella casa oculta en un barrio apartado y de su madre, joven, elegante, viviendo con un hombre, con un rico desocupado, con algún oficial quizá... ¡ Dios sabe con quién... ! En su vida de soldado había conocido el caso de los que viven así, había cosechado entre ellos lances inesperados... Un vértigo se

apoderó de Ramuncho al entrever así, bajo un aspecto nuevo, á aquella á quien tanto venerara; el pasado querido tambaleaba á espaldas suyas como para hundirse en un abismo desolador... Y su desesperación se convertía en execración repentina por aquel que en un minuto de capricho le había dado la vida...

Oh, quemar, quemar cuanto antes esas cartas de desgracia... ¡Era lo mejor!... Y empezó á arrojarlas una tras otra al fuego, donde se consumían entre súbitas llamas.

Del paquete cayó, sin embargo, un retrato. Él no pudo contenerse y le acercó á la luz para verlo.

Su impresión fué punzante, durante los breves segundos en que sus ojos se cruzaron con los ojos medio borrados de la antigua y deslustrada imagen fotográfica... *Aquél se le parecía...* Encontraba, con espanto profundo, algo de sí mismo en el desconocido. É instintivamente se volvió, inquieto, temeroso de que los fantasmas de los oscuros rincones se hubiesen acercado por detrás para mirar también el retrato.

Fué de inapreciable duración aquella entrevista silenciosa, única y suprema con su padre. ¡Al fuego también esa imagen! Y la arrojó con gesto de terror y de cólera entre las cenizas de las últimas cartas, no quedando de todo ello bien pronto sino un puñado diminuto de polvo

negruzco entre la llama moribunda de las ramas.

¡Y nada más! La caja estaba vacía. Tiró al suelo la boina, que le molestaba en la cabeza y se puso en pie nuevamente, con la frente sudorosa y un zumbido en las sienes.

¡Y nada más! Quedaban anonadados aquellos recuerdos dolorosos de culpa y de vergüenza. Ahora le parecía que las cosas de la vida recuperaban su equilibrio anterior y volvía á sentir por su madre una dulce veneración, después de haberla purificado, vengando también, un tanto, su memoria por medio de aquella ejecución desdeñosa.

Su destino acababa de fijarse así para siempre en esta noche. Sería el Ramuncho de otro tiempo, el «hijo de Franchita», pelotari y contrabandista, independiente, libre, sin lazo alguno, sin deber ni pedir nada á nadie. Sentíase ahora sereno, sin remordimientos, sin espantos, en aquella casa mortuoria de donde las sombras acababan de alejarse, apaciguadas y amigables...